

de todo linaje nos ahorráramos los mezquinos de los hombres! Si la experiencia propia es vena de sabiduría que vamos cortando á todas horas con el cincel de oro de la cordura, no disuena el que, sin alabarnos, hablemos de nosotros mismos. Mas como para que este género de escritos exegéticos parezcan abonados á los lectores pobres de indulgencia es preciso que el nombre del autor se lleve tras sí el fiel de la balanza en que le pesan buenos y malos, será obra de más juicio dar aspecto de observaciones generales á lo que por ventura ha ocurrido con nosotros mismos. « ¿Pensáis que va á hablar (Miguel de Montaigne) de Julio César ó del gran Pompeyo? No señor; de Miguel de Montaigne es de quien habla », dice un crítico; de sus gustos, sus caprichos, sus enfermedades : da cuenta de lo que come, lo que bebe : nos delinea su casa, la torre descabrada adonde se retira por la noche con su lámpara en la mano : nos presenta su perro que á fuerza de años no se pone ya de pies ni para ladrar. Este egotista desaforado no para hasta no hacernos saber cuántas veces al día echa aguas, y sus aprensiones respecto de la piedra que imagina tener en la vejiga. Y, quién lo creyera, los Ensayos de Montaigne son una de las obras más excelentes y agradables que podemos haber á las manos; de esas obras que nos hacen olvidar comida, sueño, barba, y nos instruyen tanto cuanto nos deleitan. Por eso han dicho que el que ha leído á Plutarco, Séneca y Montaigne puede hacer cuenta que ha leído cuanto bueno hay que leer en el mundo. Addison, el Expectador, hace la observación de que si ese viejo gascón no hubiera entreverado las cosas á él pertenecientes con la alta historia y los sublimes principios de moral de que están henchidos sus Ensayos, no sería, á

buen seguro, tan amena su lectura. Todo consiste en hablar de sí un autor con ese hábil tanteo, esa gracia mañera con las cuales los más atinados hacen creer á sus lectores que cuando se están magnificando son modestos, cuando muestran sabiduría no la exponen adrede, cuando fantasean y hacen vanagloriosos regates, no es por despertar admiración ni envidia. Hay egotismo de tal naturaleza que es el embeleso del lector : ¿quién no vuelve al regosto cuando ha saboreado esas anécdotas en que Marco Tulio habla de sí mismo, de su vanidad y sus pretensiones á la gloria, cuando aun no era sino un quídam ambicioso de los muchos que abrigaba su patria? Á la vuelta de su cuestura de Sicilia, dice, pensó que el mundo estaba rebotando en su fama, y no se hablaba de otra cosa en la capital del imperio que de Marco Tulio Cicerón. Ocurrió que desembarcase en las costas de la Campania en época de recreo para los patricios de Roma, donde ricos, hombres célebres, matronas de chapa venían á pasar esa *villegiatura* de que tanto gustaban los grandes. Preséntase en Puteoles el ex-magistrado de Siracusa : varones consulares, oradores ilustres, damas de alta guisa, allí están en muchedumbre augusta. Nadie había salido á su encuentro, nadie se llegaba á rendirle pleito homenaje : malo, dijo para sí el cuestor : ¿no han sabido tal vez que yo llegaba? esto mismo frisa con lo absurdo; ¿pues quién no está obligado á saber que llega Marco Tulio Cicerón? Viendo que nadie se daba por entendido de su presencia, se dirige á un conocido suyo, y departiendo en materias varias, de una en otra le vino á preguntar : « ¿Qué dicen de mí en Roma? ¿En dónde habéis estado, Cicerón? »

Quedóse de una pieza el candidato de la gloria : cuando

él pensaba que no había en Roma otro punto de conversación que él y su cuestura en Sicilia, ni habían sabido en donde se encontrara. Ahora digo, cosas de éstas ¿las ha de contar ó no un autor? ¿le han de gustar ó no al lector? Con todo, para que no me pregunten en dónde he estado, nada diré de mí, sino que hay personas entre las cuales amistad y trato son de corta duración, cuando al mal carácter acompaña el mal genio de uno de los dos: si éste es airable, ese ha de ser bonancible; si el uno diabólicamente arrebatado, el otro santamente pacioso: de otra suerte el choque ha de ser continuo, y de ese choque ha de brotar el rayo, bien como de dos nubes cargadas de electricidades opuestas. Los amigos que más duran son los mansos, de buen genio, esos que no se resienten por quitame allá esas pajas, ni se quiebran de un soplo, ni se dan por agraviados á posta para enojarse y retraerse. Los sirvientes más constantes y largos en la casa son los de buen genio: conllevadores sumisos, como el patrono sea bueno, como al palo siga la dádiva, y palabras de cariño borren ofensas, son queridos más que los soberbios que nada quieren sufrir ni disimular. Tenía mi padre un mayordomo llamado don Manuel: hombre más bueno que éste, aguantedador y pacífico no ha visto el mundo: no había quien no le echase una albarda y le pusiese la mano en la bragadura. Resentirse, no era suyo; exaltarse, ni si le pinchaban con alfileres. Su señor, un trueno: las sobrevientas en él subían á tempestades: don Manuel, invento de Franklin, pararrayo admirable, apagaba en su buen genio y su humildad los caudales eléctricos que venían amenazando con dejarle consumido. Soltábase al fin en lágrimas el mozo infeliz; y verle enjugarse los ojos con la manga, gimiendo

pasito, pasito, sin dejar de comer en medio de su cuita, era de ponerse á llorar junto con él, según el enternecimiento de todos los corazones. Los « ¡glotón!» « ¡bruto!» « ¡animal!» de la semana llevados en amor de Dios, le valían el domingo una prenda de vestir y ocho reales fuertes en plata; y era don Manuel hombre que no se trocara con un emperador.

Bien es verdad que el buen genio propasado raya en majadería, en idiotez digna de castigo. Yendo á recorrer yo el campo de batalla de Cuaspud en los confines de Colombia, después de haber pasado el Carchi, iba subiendo una cuesta asaz dilatada: he allí una voz lastimera de persona que está dando al viento sus desgracias y pesadumbres: ¿es llanto de amor? ¿de dolor físico? ¿de desesperación? La queja es triste; la voz alta y profunda está resonando en la anchurosa vega. Allí descubro un hombre sentado á la orilla del camino: blanco el rostro, decente el vestido, su barba negra descende hasta el esternón en madeja sublime: fisonomía más propia de monarca anti-guo, nunca han visto mis ojos. Ese Priamo joven, ese Caromagno americano es quien está hiriendo el cielo con sus ayes. Grave debe de ser la causa: doy de espuelas á mi cascudo: « Eh, buen hombre, ¿qué le ha sucedido á usted? — Me pegó mi mujer, ¡aaah, aaah, aaah!» Si el pícaro no se despeña en un pronto, y no se esconde por ahí en un matorral espeso, le mato como hay Dios, haciendo bailar sobre él mi furioso caballo. Este es un hombre tan bueno, me dijo mi compañero de excursión, que se deja zurrar jueves y domingo por una bruja con quien se casó en mala hora. Su arbitrio es venirse á esta quebrada y llorar á voz en cuello, como

á usted le consta. La bondad infamante es pecado en el varón : el sexo enérgico tiene lágrimas para el orgullo, la soberbia, el amor loco, los dolores infernales de su pecho : Satanás llora de cólera y desesperación; Nélsón se echa á llorar como una mujercilla en brazos de su amada al despedirse para Trafalgar : llorar un hombre porque le zurra su mujer, y llorar á gritos, es otra caída del género humano, y más profunda que la primera. Ese mismo marimacho que así ofendía en las barbas de su marido á la respetable masculinidad, cuando le hubo quitado la vida al infelice á puros golpes, llevó su merecido de mano de un destripaterrones que sabía donde le apretaba el zapato. Señor, suya soy : de mi persona, disponga como le agrade; pero en mi yegua no ha de montar. El cónyuge augusto sabía su deber : tomóla, ensillóla, montóla, rasgóla con tanta gana, que á los quince días de segundas nupcias había entregado el alma al diablo la buena de la vieja. Esta, sin duda, no era ni buena ni de buen genio.

Yo he llorado por un zambito criado mío lágrimas que hubieran sido envidia de un hijo : así él de manso, apacible, diligente y amoroso. Mis temporales eran trombas marinas que me las rompía y desbarataba, no á cañonazos, como hacen los navegantes, sino con una humildad, una resignación al castigo injusto de la cólera, unos ojos tan llenos de amor y lágrimas, que al punto era yo un San Francisco de Sales por la mansedumbre, un San Bruno de caridad, á quien los ángeles, sobre sus alas, hubieran arrebatado al cielo. Esta saráfica criatura, familia, amigos, todo en mi proscripción; mi factotum, ministro universal de mesa y cámara, confidente y maestresala, cayó

con fiebre un día. Cuando su madre, una negra alta y seca, le echó al pobrecito á la espalda para llevarlo al cementerio, no la seguí por no ir gimiendo por la calle. *Un tigre* para los perversos; para los buenos siempre he abrigado corazón de madre : ¡ Jesús tenía también *corazón maternal* : Venid á mí los párvulos ! y llora sobre Lázaro el hijo de Dios. Por la tarde, un llanto lastimero llenó de repente la casa donde yo vivía. Era la negra : « Señor, me dijo, el señor cura no permite sepultarlo mientras no consignemos los derechos : dice que allí le comen los perros ». Cuando el clérigo vió ante él ese hombre de ojos encendidos, de aspecto feroz, que iba á consumirle, tembló : « Señor don Juan, ¡ repórtese, por Dios ! ¿ qué hay ? — Usted no tiene derecho á los derechos, señor cura, de un desheredado para cuya mortaja y cuya misa fúnebre dejó de comer cuatro días el triste pan del destierro; pero si plata por obras pías, aquí la tiene usted ! » Y tiro con furia un puñado de dinero sobre la mesa. El clérigo negó todo; dijo que eran mentiras y picardías de la negra, y que el cadáver y yo seríamos servidos como lo manda Dios. Luego recogió con modestia digna de alabanza el dinero que yo había echado por ahí, y me lo puso en el bolsillo. El *corazón de tigre* y el corazón de madre juntos en un mismo pecho suelen hacer las obras mejores de la vida. Otro muchacho tuve, el antípoda de este difunto : y tenía nombre de profeta, él que era el mismo diablo : bellaco más completo y más lleno de farándulas y embudos, no ha producido la Playa de Sanlúcar. Grandes las faltas y continuas; el castigo de tarde en tarde y menor que ellas. Al más indeciso cachete, al más ligero pasagonzalo, caía muerto ese Guzmán de Alfarache pequeño; y era de ver con la gracia que hacía el agoni-

zante : ni la palidez, ni el sudor frío, ni las convulsiones le faltaban para que su traza fuera cumplida. Entonces era el echar yo mano por un látigo, y sacarle vivo como un cohete por esas calles. Tan aviesa criatura me iba corrompiendo : no me gusta ser malo, no quería serlo : le eché de mí y quedé bueno y libre de esa alcabala nefanda de la cólera. Las personas de buen genio y corazón bien formado son los Genios propicios de la vida ; las de mal corazón y mal genio son moradas de Satanás.

Celio era un antiguo cuya sangre estaba hirviendo como las aguas del Cócito cuando caen en el Orco : irascible, precipitado, violento : no había discusión que no metiese á voces, ni controversia que no trabucase con vuelos de cólera de cuyas alas llovían las injurias. Convidó una tarde á comer á un amigo suyo : vino temblando el pobre ; vino de miedo, y nada más ; que de bonísima gana se quedara en ayunas antes que verse papo á papo y discurrir con Celio. Rompió éste á conversar con tal ardor, que desde la primer palabra estaba eso oliendo á chamusquina. Saben los cielos en lo que hubiera parado el apacible entretenimiento si su huésped, con sobrada cordura, no hubiera empezado á pasar por todo cuanto decía su temeroso amigo : « Así es ». « Tienes mucha razón ». « Abundo en tu parecer ». « ¡ Dímelo á mí ! si eso que tú dices yo lo he visto ». Celio estaba ya comiéndose de rabia : « ¡ Canalla ! dijo, ¿ tan bajo así eres, y tan humilde que encubres cuanto despropósito explayo por ejercitar tu ingenio ? Oponte, arguye, grita, majadero, á fin de que seamos dos personas. »

Bondad que raya en miedo, no es bondad sino bajeza.

El buen genio es nuncio perpetuo de paz : no trae, como

el otro embajador, la guerra en el enfaldo de su túnica, si no recibe el enemigo á costal cerrado las proposiciones que le hace. Si algo desea, es de ver con la tímida incertidumbre que saca la cabeza. Sabe rogar en ocasiones ; el exigir, no es suyo ; y si se propasa á este extremo de valor, no oímos, vemos sus exigencias en gotas gruesas y cristalinas paradas sobre sus pestañas. La negativa puede afligirle, pero no le irrita : echa sus miradas de suavidad indecible, sonríe con amable melancolía, y guarda silencio.

Ahora ved estotra mujer : joven aún y hermosa, mas ni por esas infunde amor, sino es el ahinco ilícito que suele ser herencia de la voluptuosidad. Su cara parece más abultada de lo que es : indignación, soberbia, cólera están soplando en ella, é imprimiendo en sus facciones el sello de las Furias. Ni la mañana con su frescor y alegría le desencapota la frente : el sedimento de la noche, asentado en ella, rechaza el brillo y el gozo matinales. Levántase fruncida, cazorra, zahareña : buen hombre, si eres su marido, no la saludes ; su respuesta será un vistazo de Gorgona, ó el sofión con que te estrella en las paredes. Si el buen humor de tu mujer es la salsa con que aliñas tus manjares, el hambre te espera, desdichado. Mirala : sus maneras son bruscas : los labios, sin advertencia propia, se le alzan por las esquinas : te está asesinando con el silencio, y todo lo mata alrededor, si á ella le toca dar la ley en el hogar. Nadie es osado á reír alegremente ; mucho será si hay quien hable pasito, con una como reserva temerosa. Se levantó, se fué : á media comida, todos se quedan con la cuchara entre la mano y la boca, y ella como un esfinge, afuera sola y muda. Si eres de los buenos, hombre infeliz á quien deparó el cielo ese demonio en forma de mujer, te

añiges, lloras sin lágrimas en lo profundo de tu pecho tu desgracia, sin deshonra quizá, pero desgracia. Si no naciste para mártir, he allí rompido el zurón de Empédocles, y sueltos los vientos por tu casa : ó tienes por mejor meterte dentro de tí mismo, y estar beneficiando sinsabores y amarguras en la noche de tu alma, cerrándoles el paso por medio del silencio, centínela misterioso que muchas veces custodia tesoros de dolor y desventura. Tan propasada es en su mal genio, que esta mujer es mala : ahijándola los celos, rebelada al fin contra el mal trato, con razón ó motivo de algún linaje, sea en buenhora Estinfálida que aterra á quienes la oyen ó la miran; mas si todo es prurito de incomodar y atormentar al que le hizo el favor de darle la mano, á los que le hacen diariamente el de vivir con ella, serviría y sufrirla, sea mil veces maldecida esta hija del infierno que no merece ser esposa ni madre, ni aprovecharse de la luz del día.

En los hombres puede pasar el mal genio, el mal humor, enfermedad física incurable, tributo muchas veces de la constitución masculina que suele adolecer de imperfecciones de las cuales resultan hazañas ó grandes obras de la inteligencia. Dicen que los poemas de Byron, los más terribles, esos donde su misantropía olímpica le levanta al poeta al firmamento en alas del santo odio que profesa al género humano corrompido, fueron fruto de ese humor negro que en algunos hombres tristemente privilegiados es padecimiento que raya en desesperación. La bilis, el más corrosivo y amargo de los humores de nuestro cuerpo, es el más noble, quién lo creyera : el temperamento de los varones inclitos es bilioso, teniendo su parte en él esa ner-

visidad delicadísima, temblor divino de la inspiración. Individuos hay que pasan por malos, cuando abrigan el *corazón maternal* de Jesucristo : la bilis negra les está bañando el pecho, y les da aspecto de demonios á esos que no pierden quizá ocasión de echar afuera torrentes de caridad, generosidad, virtud encarnadas en obras de santo ó de filósofo. Con desgraciados de esta naturaleza la indulgencia es obligatoria en nosotros; no sea que nos vengamos á parecer á esos pobres de espíritu que no distinguen lo bueno de lo malo, y andan empeñados en el descrédito de personas acreedoras á la veneración de sus semejantes. Apacible resistencia, sufrimiento, mansedumbre, jovialidad insinuante, dones son de la mujer; su pecho, asiento natural de estas virtudes, las cuales, en cierto modo, dependen de la constitución del sexo femenino. Son, pues, más culpables las que, por falta de juicio, imbuídas en principios insanos de predominio y dictadura, se calzan las bragas, y no quieren sufrir contrarresto en su extravagante señoría. Este mal genio es atroz; el más empalagoso es el de la contradicción de que adolecen ciertas mujeres vanas. No exprese uno ante una de ellas pensamientos ni afectaciones : por sinceras que sean éstas, y elevados esos, el censor importuno les dará de coces, teniendo á gloria apartarse en ideas y sentimientos del ánimo de ese á quien ojalá estuviera atada fuertemente con la voluntad y la inteligencia. Oh tú que la conoces, porque es tuya á pesar tuyo, no dejes ver tu afecto por uno de tus semejantes; ella mostrará de contado su tirria por ese amable sujeto : no aborrezcas ni á un infame en su presencia, porque ella ostentará su estima por él y su cariño. Mujer de mal genio, compendio de batallas: todo le disgusta, todo lo reprueba,

todo la saca de sus quicios. La cólera, suya es; los maullidos de gato encelado, suyos; los trepes y bravatas, suyos; ¡y qué gesto repulsivo ese que la embravece afirmando los perfles que bañados de mansedumbre serian prendas de amor y felicidad! Buena gracia y delicadeza, vinculos de corazones. Estas locas ingratas suelen pagar á las veces la pena de su mala índole: si en la soledad despreciable en que devoran la indiferencia de la gente están echando lágrimas de arrepentimiento, no sé; pero se me alcanza que el desdén del hombre cuyos amor poseyeron, es para ellas ascua encendida que les abrasa el pecho y les cocina en las entrañas ese brebaje amargo, viscoso, que se les cuaja en el garguero amenazándolas con muerte desesperada.

Mal genio y mal carácter pueden concurrir en una misma persona; mas no siempre son sinónimos; sucede por el contrario que los hombres de mal genio, esos de terremoto eléctrico que están relampagueando sin ruido, cuando no truenan y echan rayos, suelen ser los que más propenden á las buenas, las grandes obras; al paso que muchas veces los de condición mansa y apacible no se van tras el mal del prójimo, pero con suma bondad y calma se suelen rehusar á los hechos del bien con que aliviamos y salvamos á nuestros semejantes. En cuanto á sacrificios, no son para ellos. Buen genio es virtud humilde, casera en cierto modo; nada tiene que ver con las acciones que entran en la jurisdicción de la sociedad política y civil: el buen carácter tiene advertencia á la conducta, la manera de gobernarse el individuo respecto de los demás en cosas

que no son indiferentes y salen de la órbita de la familiaridad y los afectos. Un individuo de mal genio puede ser muy estimable; uno de mal carácter, sentido está perpetuamente en el banco del desprecio. Mal carácter, poco más ó menos, es mal comportamiento; mal genio no es sino disposición natural que nos tiene aparejados de continuo para la sensibilidad nimia, la cólera, las vanas quejas, y ese prurito de padecer á fuego lento y hacer padecer á los que por obligación ó por benevolencia nos conllevan.

Conoci un general que á buena cuenta de su genio diabólico y su espíritu amargo era llamado *Cascavilla*. Cascavilla era un demonio: sus ojos azul celestes volaban en rotación vertiginosa envueltos en un mar de sangre hirviente. Hallábase enfermo un día, malamente enfermo; enfermo de morir: ofreció al médico, su espada por testigo, que no tendría la menor cólera, ni saldría de sus quicios si le diesen cantaleta. En cuanto á la quietud material, el físico sabidor le dijo que el mover un brazo pudiera causarle la muerte. Vuelve Paracelso dos horas después, y se da de hocicos con un soldado que huye despa-voido. Entra de prisa al cuarto del moribundo: todo silencio; la cama, sarcófago vacío. Vuelve la vista á un lado y á otro: el señor general, tras una puerta, en camisa, cogido de su lanza. Sin tiempo para ganar el lecho cuando oyó al doctor, había tomado iglesia en ese venerable humilladero. Sin la feliz aparecida de este sabio, en la calle le alcanza al asistente y le hace pedazos: ¡tan bien habla cumplido su palabra de tener paciencia! Este mismo hombre del diablo tenía aferramiento inquebrantable á la legalidad, la equidad, la distribución de la justicia: con la

ley en la mano, estatua de Palas cubierta de su égida : nadie le conturba. Ministro de su hermano, presidente de una República, hombre éste sin nociones de moral ni impulsos de grandeza, le resistía como héroe-filósofo:

« Señor Ministro, firme usted esta orden.»

« Excelentísimo señor, es contra la ley.»

« ¡ Qué ley ni qué alforja : firmela usted !»

« ¡ No la firmo !»

« Pero hombre, Gabriel...»

« Canalla, yo te volveré bueno á ti primero que tú me corrompas.»

He aquí un hombre de mal genio y buen carácter; de malísimo genio y gran carácter.

EPISODIO

EUTRÓPIO

Conocida es la maldad de los eunucos en los serrallos de Oriente, donde estos miembros descabalados de la especie humana se vengan de sus semejantes con descontar en malas obras las emociones íntimas de la naturaleza y los deleites de grande objeto con los cuales ella regala al hombre por medio de una ley impresa en el corazón y los sentidos. Esos varones frustrados, víctimas perpetuas de la envidia y los celos sin fundamento, descargan su ira sobre esos entes bellos y desvalidos que, estando en sus manos,

no pueden servir sino para la felicidad de los á quienes ellos aborrecen en lo profundo de su pecho. Los peores reinados en lo antiguo fueron esos cuya mayor parte era de los eunucos, privados tenebrosos á quienes se entregaban los déspotas incapaces del gobierno. La integridad de las potencias es necesaria para el equilibrio de las pasiones y el ritmo acorde de los afectos, equilibrio fuera del cual la persona es desatinado embolismo de anhelos, ímpetus, delirios y extravagancias que la privan del juicio. Como ha perdido el valor con la virilidad, el capón no es violento ni arrojado : su arte es la astucia, su política la cautela : todos los hombres son sus naturales enemigos, según como él los conceptúa y trata : su vida, guerra al amor, la amistad, la gloria : felicidad ajena, desgracia para él. Aborrece de muerte el matrimonio, porque no puede casarse : himeneo es *abracadabra* de explicación siniestra, logogrifo de donde no sacaría sino vergüenza y desventura. El renombre de los varones ínclitos le irrita en silencio : como su estado es una pacífica infamia de la cual no puede salir, sabe que honra y crédito son para él coronas imposibles : se trueca en odio y muda cólera su ambición sin esperanza; con ellos está atendiendo á sus semejantes á la vuelta de la esquina, y puesto que no le vean, los derrienga al paso y huye envuelto en sombras.

En la ciudad de Quito, en la América Meridional, había un individuo llamado Julio Casco, el más desgraciado de los mortales, si verdaderas las cosas que de él dicen las gentes. Cuándo dejó de ser hombre, nadie lo sabe : la muelle gordura de sus miembros, lo ahuecado de la voz, la palidez casi impúdica del rostro acreditando están en

él la desdicha mayor que puede afligir al ser humano. Esta pérdida invisible que descompone y arruina la máquina portentosa cuyo agente es el amor, echa también por tierra el edificio de la inteligencia, socava el poder físico, destruye la briosidad sublime con que el hombre, satisfecho de sí mismo, anda como dando gracias al Criador, alta la frente, por lo que ha puesto en él de sensibilidad, grandeza y poderío. Julio Casco, entre odio, codicia y ambición alimenta la negra memoria de las dichas ajenas, y jura la muerte de día y de noche á los que, conservando íntegros los dones de la naturaleza, pueden sacar el fruto que de ellos exige esta buena, santa madre. Como si los demás fuesen culpables de su desventura, los trae sobre ojo : el que se descuida un punto, allí cae víctima de calumnia, denuncia, excitación sangrienta ó alzaprima donde vienen triunfando mentiras é iniquidades. Esa cara doble ofrece espacio para quinientos bofetones; esos ojos soslayados presentan ángulos y sesgos por todas partes; esas ventanas imperfectas de la nariz son troneras por donde entra y sale en forma de azufre pestilente el demonio que habita su cuerpo y mueve sus afectos. Cuellicorto, mofetudo, la barriga harta de pan ajeno, y quién sabe si de sangre inocente, es preñez nefanda que promete ventregada enorme de escuerzos, ranas ponzoñosas y serpientes de dos cabezas. Este capón tiene mirada de Satanás arrepentido; arrepentido de mala fe : le baña á uno con ojos de afectuosa dulcedumbre; si puede mirar sin contrarresto, allí le echa un mar de odio en caudales de hiel visible, que son lágrimas ó muerte futuras. Vino un día á mi casa, y me alargó la mano; esa mano edematosa, que en tiempo de la entereza estaba cargada de cerdas como lomo de puerco

zaino : habló de la esperanza de la patria, de mi brillante porvenir, mi gloria : se fué luego al como Galerio á quien servía, y esa misma noche era yo preso y desterrado. Informes inicuos, denuncios falsos, libelos infamatorios, ; qué no salía, gran Dios, de esa fragua de Judas donde los treinta dineros, majados con martillo sin ruido, crecen, crecen, crecen y se convierten en miles de onzas de oro ! La gatita de Mari Ramos no es más suave, inofensiva y cariñosa : reñir, nunca en la vida este capón : bondad es su herencia, buen genio su temperamento. Prenden á uno, matan á otro; mancillan á éste, roban á ese; la Nación arroja un grito inmenso de dolor en medio de su negra suerte : Eutropio, ministro, no lo sabe, no ha sabido nada. Modesto, humilde, abatido, ni hace rostro, ni lleva á mal la contumelia : cachetes, coscorriones, puntapieses, todas son muestras de amistad para él : le escupen en la cara, cual á otro Simús; á él le corresponde excusarse y pedir dispensa, porque es buen cristiano. Pero allí está Ignacio Jarrín, su Galerio; se va para él, y proscripciones, asesinatos, gravámenes horribles, injurias públicas son el timbre del bondadoso eunuco. El pueblo, cansado de este monstruo, le cogió un día y le ahorcó en la plaza.

He aquí un individuo de buen genio y mal carácter; de bonísimo genio é infame carácter.

Nuestro prisma encantado no presenta aún sino dos visos : el *entelechia* de los antiguos y el *genio* de los modernos tienen cien caras; por ellas echan luces de colores vivos, y tan variados como diferentes sus facetas. Genio,

espíritu misterioso, aparición sobrenatural que anuncia su destino á los varones extraordinarios. Genio, índole, disposición de la persona que la tiene ojo avizor á la alegría ó la tristeza, la mansedumbre ó la ira, la afabilidad ó el hazteallá con que aleja de sí á los demás en uno como terror, ó cuando menos disgusto de compañero semejante. Genio, ahora, es aptitud para una cosa, ciencia ó arte; aptitud declarada y pungente, digamos así, que de manera incontrastable le impulsa á uno á tal estudio ó tal práctica en los cuales hará descubrimientos ó concluirá obras perfectas. Este *genio* suele ser una como alma especial que, gravitando al centro de la vida, arrastra en pos de sí todas las facultades, de modo que la existencia del individuo cae de un lado, bien como el peso oculto de la brocha le suele servir de base para que la suerte quede puesta encima sonriendo ufana al ganancioso; sino que en el un caso la mala fe es el ejecutor, y en el otro, naturaleza, con legalidad y verdad, asigna tal ganancia al que para ella le señaló desde la cuna. Tener genio para una cosa es haber nacido con disposición para ella, no dejarse desviar del camino por donde le está impeliendo un dios oculto. El poeta de nacimiento tiene genio para la poesía; el músico natural, lo tiene para la música; el pintor innato, es pintor antes que tome los pinceles, á despecho de sus padres que le destinan para la jurisprudencia, y contra el torrente del mundo entero. Esta facultad hace sus revoluciones por órbita asaz estrecha: tener genio para una cosa es servir para ella, ser bueno con impetu para tal profesión ó tal carrera, siendo el sujeto vulgar para las demás, de ineptitud clamorosa por ventura. De los pintores sobresalientes, podemos decir que tienen genio para la pintura; y un artista

de éstos, sobresaliendo entre sus coprofesores, será incapaz del arte de la guerra, de las ciencias abstractas, las meditaciones metafísicas durante las cuales el filósofo se levanta de la tierra con vuelo de águila y se va por esos mundos remotos del cielo á requerir los arcanos del universo y los grandes atributos del Altísimo. Entre los que tienen genio para un estudio, un arte, los hay que lo tienen en especial para una parte de él: la inteligencia, circunscrita en un menguado círculo, se estrecha aun más, se aovilla y, pequeñita, se mete en uno más estrecho. Ingres, Delacroix, Fortuny tienen genio para la pintura: Van Huisum, Van Os, Redouté lo tienen para pintar flores; y de estos hábiles floristas, los habrá que tengan genio para la rosa, genio para la violeta, genio para las plantas corimbosas, como ese que pintó un racimo de uvas con tal perfección, que los pájaros venían á picotear los granos.

Entre los treinta y seis espíritus con que los pensadores de la antigüedad poblaron el mundo, unos tienen á su cargo el cuidado de los templos, otros el de las murallas y las torres; éstos custodian los baños públicos, esos miran por los puentes; cuáles vigilan la puerta de calle, tales velan por el jardín y el traspatio: otros hay cuya embajada perpetua es cuidar el escaparate en la depensa, las sillas en el comedor, el brasero donde la marmita está hirviendo con ese murmullo alegre que es la armonía del espíritu que tiene al lado. Así como estos espíritus domésticos, dioses pequeñuelos, no son de facultades que los vuelvan propios para las obras mayores, así esos hombres hábiles en una cosa no suelen sobresalir en otras, y tienen genio para la ciencia ó el arte en que son maestros.

Si querer entender de todo
Es ridícula pretensión,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor :

Ya lo dijo Iriarte; y todavía es verdad inconcusa que nadie alcanza la perfección, sin un fuerte ahincamiento de sus facultades en la empresa que tiene acometida. Hay en Francia una profesora de dibujo en miniatura, tan hábil, tan brillante en su ramo, que ningún artista le hace contrapeso en su industria de dibujar para las porcelanas de Sèvres. Esas flores, esas aves del paraíso, esas cariátides extrañas, esas figuras entrelazadas en vueltas prodigiosas y nudos inextricables; esos pámpanos abiertos, esos angelitos con alas en el cuello y piernas gordas, esas caras de náyades que entreperecen por los claros de las espesuras rústicas, esos graciosos sátiros que tienden redes á la ninfas, nadie los pergeña con más pulso que esa musa del carboncillo, para quien lápiz y cartón son elementos de idilios embelesantes. Esa mujer es madama Jacotot : Madama Jacotot tiene genio para el dibujo. Quitadle de la mano ese instrumentito negro del cual brotan primores tantos y tan raros, ponedle entre los dedos el largo pincel del Poussino, y no es nada esa creadora de jardines estampados en la transparente materia de una fábrica maravillosa.

Había en otro tiempo en Florencia un poeta que hacía epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven aún en los museos de esa ciudad primera entre las más famosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini

es un canto de poema, si ya no la saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas la flor de los panales del monte Hibla. Los que viajáis por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad á sus puertas : esa roca negra, escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos á pie llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas : en ese museo topáis á cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus dedos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfacción : Citerea, desnudos brazo y pierna, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas : Cupido, pequeñito, gordo, crespo, una banda en los ojos, va, y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer : las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se están contemplando cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la immaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve : el cincel de Miguel Ángel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara á golpes de ciclope y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese pincel sería el martillo de Encélado para el delicado labrador de figurillas celestiales.

Ya habéis visto la *música muda*, como decía el bardo de Weimar; la música del carton y de la piedra; ahora oíd la música con voz, esos torrentes de ruidosa melodía que están llenando los palacios de los reyes. No os doy aquí esas entonaciones marciales que levantan á deseo de guerra el ánimo de los valientes que la escuchan : esa música rompida á la sangre, que arrastra los ejércitos al campo de batalla y consume mil proezas con el brazo de los héroes : esa es la *Sinfonía militar*, de Haydn.

No oigáis tampoco los acentos desesperados con que el esclavo del demonio está dando á saber al mundo que el plazo de su contrato fatal está cumplido, y se dispone á entregar su alma á quien le hizo venta de ella : esa es la *Condernación de Fausto*, de Berlioz.

Llegan á vuestros oídos esas voces remotas, aéreas; esos como suspiros de sombras dichasas que en el seno de la obscuridad están quejándose de un contratiempo sobrevenido á su felicidad, pero quejas resignadas, tenues, dulces, que se pierden en los confines de la alegría y la tristeza, el consuelo y el despecho, la desesperación y la esperanza de placeres y triunfos renovados? Esa es la *Obertura de la flauta encantada*, de Mozart.

Ahora suena una voz profunda y monótona, grande y grave como si los abismos se estuvieran levantando de sus asientos, atormentados por una dolencia misteriosa : ¡ bum !... ¡ bum !... ¡ bum !... La tierra se llena de gemidos de gigantes moribundos, la atmósfera se puebla de espectros presentes al oído, pero ajenos á la vista : ¿ se está quejando una montaña adentro de su pecho, con ánimo de que nadie la oiga? ¿ está la tierra visitando la tumba de su esposo, y no puede contener el ay profundo y

repetido? Esa es la *sinfonía de El Océano*, por Rubinstein.

Lo que hoy quiero regalaros no es de tanto bullo : es un arpa, pero arpa encantada, instrumento cuyas clavijas gimen amorosas movidas por los ángeles del cielo : arpa suave, y á un mismo tiempo aguda, que rompe con sus sonidos el pecho y los envía á clavarse en el corazón como espigas de dolor medio loco de placer : arpa mágica que pone á la vista mil sombras invisibles, y hace bailar á los ojos del que la oye las graciosas figurillas en que se encarnan los ensueños de felicidad y los delirios del poeta : arpa que canta versos sin palabras, esos versos en que las pasiones se acomodan prodigiosamente para salir del alma y meterse en el alma, en ese vaivén de deseos, esperanzas, satisfacciones, desdenes y despechos de que se compone la vida en sus mejores años : arpa melancólica y alegre, ciega y profética, pausada y loca, que hace sospechar un lindo amor é inspiración, volviéndola pitonisa que ve en el porvenir de las felicidades y las pesadumbres. El célebre músico Wágnier, hablando de Esmeralda Cervantes con el rey Luis de Baviera, le dijo : « Señor, éste es el genio ». No es el genio : Esmeralda Cervantes tiene genio para la música; el arpa es su genio. El genio para la música encarnado en una joven que es toda poesía, cuyo espíritu se está echando afuera por los ojos, empapada en un caudal de amorosa inocencia; cuyos labios componen á cada instante la firma con que las almas puras se prometen á Dios, esto es esa sonrisa de lineamientos divinos que hieren los corazones; cuyos miembros rebosan en voluptuosidad involuntaria, la cual si despierta deseos no aconseja te-